

DEFENSA Y CONCIENCIA DE NUESTRO PATRIMONIO NACIONAL (1)

En esta ceremonia universitaria, prestigiada con la presencia de las más altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la Provincia, la Universidad del Litoral incorpora una nueva cátedra a su acervo docente: la cátedra de Defensa Nacional.

Con singular satisfacción e indudable honor, esta Universidad que me honro en presidir, ha designado para tan alto cargo a un militar eminente, ex-gobernante de Santa Fe y nobilísimo amigo de esta Universidad, el Coronel Dalmiro J. Adaro.

La cátedra de Defensa Nacional — inaugurada por el Excmo. Presidente de la República en la Universidad de La Plata — pertenece a ese grupo de nuevas disciplinas docentes, que es imperioso hoy sumar a las clásicas universitarias. Es indispensable e impostergable acondicionar la universidad argentina a las nuevas demandas sociales, políticas y espirituales en estos nuevos tiempos que nos toca vivir y convivir.

(1) Fragmento de un discurso pronunciado por el Rector Ingeniero Angel Guido, en ocasión del acto realizado en la Universidad, el día 19 de diciembre de 1949, con motivo de la creación de la cátedra de Defensa Nacional.

Amplio, complejo y de ancha responsabilidad es, sin duda, el programa que abarca esta cátedra. Detalladamente será expuesto, en este acto, por su profesor el Coronel Adaro, con la autoridad prestigiosa que todos conocemos. Pero a sabiendas del riesgo que siempre tienen las simplificaciones, he creído oportuno señalar algunos propósitos vertebrales de esta flamante cátedra universitaria.

Ante todo, conviene significar una desembocadura precisa de esta nueva docencia: *contribuir al afianzamiento de una conciencia nacional argentina*. Hoy, como en pocas épocas de nuestra historia, se ha hecho indispensable — por no decir urgente — la necesidad de esclarecer y consolidar esa nuestra autenticidad espiritual argentina. La Universidad no debe perder ocasión alguna de hacer docencia de argentinidad, frente a la invasión de temerarias doctrinas exotistas y foráneas, que están haciendo vacilar hasta la propia cultura occidental a la cual los americanos pertenecemos.

Hace veintitres años — casi un cuarto de siglo — ya era madurada preocupación del que habla — dentro de los límites de sus posibilidades, por supuesto — esa urgencia de recuperación nacionalista. En mi pequeña obra «Orientación espiritual del arte en América», publicada entonces, reproducía del gran mexicano Alfonso Reyes, estos conceptos que con la generosa licencia de ustedes me permito repetir: «Yo sueño en emprender — decía Reyes — una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: *en busca del alma nacional*. Yo procu-

raría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica. Buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse identificado. Pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra. Un pueblo se salva — continúa Reyes — cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo; cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real e imaginario está tramada la vida. ¡En busca del alma nacional! Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejo de conducta política». Y terminaba con esta frase: «Yo me niego a aceptar la historia como una larga superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados y que nosotros debemos identificar en el presente».

He aquí, pues, un alto ideal de acendrado patriotismo, que la Universidad debe propiciar ampliamente. Muchos son los caminos enderezados hacia la rehabilitación y el afianzamiento de esa conciencia nacional, tan castigada por los avatares de los últimos hechos históricos acontecidos en el país y en el mundo. Esta cátedra de Defensa Nacional, es uno de esos caminos más dignos.

En efecto, el solo propósito altamente patriótico de preocuparnos para la «defensa», significa un repliegue intelectual de justa reestimación de nuestra realidad nacional. Se «defiende», en ello, un patri-

monio, un acervo. Es decir, algo nobilísimo que nos es propio y que ha sido logrado por generosa herencia de nuestros antepasados. Y es de bien nacidos venerar ese legado espiritual que tanto dolor y esfuerzo ha demandado a los padres de la patria.

Yo resumiría la medida de ese venerable patrimonio —cubil providencial del alma nacional, de que hablara Reyes— en tres dimensiones: anchura material, profundidad histórica y altura espiritual.

En el ancho de nuestra nacionalidad argentina, está la geografía humana, política y social de la nación. Las riquezas naturales, la realidad económica, la pujanza industrial, la selecta etnografía y la masa social de la patria. En lo político, desde el Triunvirato de Mayo hasta el federalismo y la consolidación nacional, y desde el liberalismo capitalista de fin de siglo hasta la actual Justicia Social, hemos logrado una excepcional experiencia política y económica que conviene esclarecer cada vez más universitariamente, para saber defenderla mejor.

Todo ello, aunque de soslayo, debido al carácter sintetizante del curso, ha de delatarse en esta cátedra y conviene que así sea. Para defender a la Patria, es indispensable ante todo, amarla y conocerla. Esta dimensión en ancho nos da una medida de ese conocimiento. He aquí, pues, una de las finalidades de esta cátedra de Defensa Nacional.

En la dimensión en profundidad está nuestra tradición histórica. Su enraizamiento nos viene desde los Incas y los conquistadores españoles. Nuestro patrimonio histórico se agiganta en la emancipación, se

afianza en la consolidación nacional y se dilata en la corriente inmigratoria sarmientesa de fin de siglo. Nuestra geografía humana se inyecta de esa sangre europea que supo conquistar con el trabajo, nuestras pampas vírgenes para dorarlas con el trigo ubérrimo que nos da el pan nuestro de cada día. Este acervo nos pertenece por generosa herencia de nuestros abuelos y es un deber imperioso defenderlo. Con las armas y el coraje el soldado y con la ciencia y la cultura el universitario.

Finalmente, en la dimensión en alto está el patrimonio espiritual y que, no con menos coraje ni con menos sabiduría, debemos preservar patrióticamente en esta movilización de defensa del alma nacional. En primer término en esa dimensión cenital está la inexpugnable fe cristiana de nuestro pueblo y la raíz latina de nuestra autenticidad de argentinos y americanos. Nuestra tradición católica tiene más de cuatro siglos de madurez incommovible. Por la sangre y la tradición, por la cultura y la fe católica, somos latinos. Es decir, dentro de la exhortación de Reyes «En busca del alma nacional», debemos afianzar, precaver y cultivar, celosamente, aquellas raíces incontaminadas de nuestro nacimiento como nación libre y soberana en el mundo. Y desde el nacimiento hemos sido nutridos de vivencias latinas, remozadas y reverdecidas al florecer en estas tierras vírgenes y generosas de América. De la latina España, el idioma y la fe. De la latina Italia, la sangre y el trabajo. De la latina Francia, la cultura, la ilustración y el siempre joven y presentísimo concepto de la Liber-

tad. He aquí, efectivamente, un patrimonio de alta alcurnia espiritual que la Universidad debe esclarecer y que las fuerzas armadas sabrán preservar: la Libertad.

Tiene larga prosapia, sin duda, nuestro sentido vivo de la Libertad y la Independencia. Las insurrecciones indígenas contra la mita y la encomienda de la Colonia, la rebelión de los comuneros contra las injusticias de los conquistadores y luego la revolución triunfante de los criollos, arquitecturaron el subsuelo rebelde de nuestra autenticidad presentísima. Los padres de la Patria supieron darnos el perfil de este valor espiritual de la Libertad, paradigma en la escala filosófica de Scheler. El trofeo de guerra más apreciado por San Martín, como sabéis, fué el estandarte de Pizarro. En un gesto simbólico, nuestro Santo de la Espada quería transmitir a las futuras generaciones de argentinos, el sentido de la libertad de América, la vivencia de la soberanía nacional. Más tarde nuestra historia patria tuvo que soportar el encontronazo de una nueva conquista: el cosmopolitismo exotista de las cien banderas del mundo y del capitalismo extranjero que mercó con aquella soberanía espiritual que tanto defendiera nuestro Gran Capitán. La nave de la patria comenzó a vacilar un tantq, a principios de siglo y se hizo evidente la necesidad de una movilización espiritual destinada a la restauración nacionalista. Hoy el Superior Gobierno de la Nación está consagrando aquellos propósitos de Libertad en su esforzado programa de recuperación

económica, soberanía política y justicia social de la nación.

He aquí, pues, otro patrimonio de alta prosapia espiritual que las gloriosas Armas de la Nación deberán defender, cuando por esos designios misteriosos de la historia, haya riesgo en su conservación y peligro en su resguardo.

Tales son, señoras y señores, las tres dimensiones del patrimonio que cálidamente circunvalan al alma nacional.

Señores profesores: La cátedra de Defensa Nacional que hoy se incorpora a esta casa de estudios, al margen de los aspectos técnicos, deberá acusar en altorrelieve aquellas aristas esenciales de ese patrimonio cuyas tres dimensiones acabamos de esbozar. Es un deber intrasferible, pues, defenderlo en la paz y en la guerra.

Angel Guido

